

Lectura confesional desde los márgenes

Yo no voy a morirme. Salgo ahora,
en este día lleno de volcanes
hacia la multitud, hacia la vida

(Pablo Neruda, *Canto General*)

La figura de Pablo Neruda desborda el ámbito de lo literario, la trayectoria de su proceso creativo se confunde con la historia, la trasciende insertándolo como una presencia simbólica en la memoria colectiva de la cultura chilena, pero no como una figura monumental, recordatoria, de museo, sino en forma de una memoria viva.

En estos años de tinieblas de la patria (parafraseando a Neruda), hemos visto más de un rayado en las murallas de las poblaciones con algún verso o con su imagen, alentando la lucha de nuestro pueblo. También ha escuchado su nombre en las consignas de una manifestación callejera. Ciertamente que puede haber mucho de mitificación y para nuestra generación, que nació bajo el signo del antihéroe parriano, en ciertos momentos la utilización simbólica de Neruda nos resultó un tanto retórica. Sin embargo, no pudimos sucumbir a la tentación de conquistar una muchacha citando (apropiándonos) de un poema de amor nerudiano.

Hablar de Neruda es difícil, porque descubrimos diferentes grados de contaminación entre su poesía, su participación pública y la vinculación de su proceso creativo con la historia del país. Todo esto creemos que afecta a nuestra recepción. Son múltiples los referentes que entran en juego al colocarnos en disposición de lectura; pero interesa traspasar este horizonte de subjetividad, para reconstruir el «horizonte de expectación» de lectura de la textualidad nerudiana.

Consciente de todos los elementos condicionantes de la lectura, creemos que el mejor modo es precisamente explicitarlos, de manera que logren su objetividad, siempre situados desde nuestra circunstancia de lectores.

La modalidad de lectura que permite acercarnos a esta perspectiva es la de la «estética de la recepción» propuesta por Hans Robert Jauss: «El análisis de la experiencia literaria del lector se sustrae al amenazador psicologismo cuando describe la recepción y el efecto de una obra en el sistema de relaciones objetivables de las expectativas que para cada obra, en el momento histórico de su aparición, nace de la comprensión

previa del género, de la forma y de la temática de las obras anteriormente conocidas...»¹.

La experiencia de lectura y recepción que específicamente nos preocupa de la producción textual nerudiana es uno de sus libros póstumos, su libro de memorias *Confieso que he vivido*. Interesa como una forma de rescate, de registrar una experiencia de lectura en condiciones determinadas. Redescubrir «las expectativas» que motivó el texto en su momento de aparición.

Entonces, en un primer momento será necesario reconstruir el «horizonte de expectativas» en el cual aparece *Confieso que he vivido*. Tendremos que describir las condiciones de lectura en un sistema cultural dictatorial, que niega las claves que hacen referencia a una historia silenciada por el nuevo régimen.

Confieso que he vivido se inscribe en el género de textos de carácter testimonial, la visión de la historia particular (memorias) se inserta en la Historia. El texto recupera el itinerario poético, desde la lectura personal, de los diferentes sucesos que ha vivenciado el poeta: «las memorias del memorialista no son las memorias del poeta. Aquel vivió tal vez menos, pero fotografió mucho más y nos recrea con la plenitud de los detalles. Este nos entrega una galería de fantasmas sacudidos por el fuego y la sombra de su época»². Dicho sea de paso, aquí radica uno de los aspectos polémicos del texto nerudiano (capítulos finales), ya que su visión sobre aspectos vinculados con la historia reciente del país se contradice con la interpretación de ellos que hace el discurso oficialista.

Un segundo aspecto a registrar es el «efecto de lectura» que provoca *Confieso que he vivido*. Es decir, una vez que el texto es leído, ¿qué pasa en el lector? Si tenemos en cuenta lo señalado anteriormente —que el texto circula en un espacio de restricción del sentido y anticipando una conclusión de nuestra lectura, el texto y la figura de Neruda es tomada por la cultura de la disidencia como un símbolo de una historia que es negada. El lector se identifica con una historia, que en el presente está clausurada.

A través de *Confieso que he vivido*, el lector recapitula el itinerario nerudiano, de poeta forjador de una conciencia de identidad nacional. Las memorias de Neruda remiten a otros momentos de su vida que en otras circunstancias históricas el poeta vivió, pero que guardan relación con el momento de circulación del texto en análisis. Nos referimos a las condiciones en que Neruda escribió *Canto General*: en ese momento estaba desterrado y era perseguido. Además, como veremos, es el texto en que Neruda poetiza, refiere su entrada en la historia y proceso de identificación con lo colectivo.

¹ Jauss, Hans Robert, *La literatura como provocación* (Barcelona: Ediciones Península, 1976), p. 169.

² Neruda, Pablo, *Confieso que he vivido* (Barcelona: Seix Barral, 1984), p. 5.

Reconstrucción del «horizonte de expectación»

Mi nombre está borrado para que yo no exista...
(Pablo Neruda, *Canto General*)

La experiencia de lectura de *Confieso que he vivido* es registrada en un espacio violentado por el quiebre histórico producido con la implantación del régimen militar. Este hecho va a imponer una nueva dinámica en todos los aspectos de la vida del país. De ahí que las primeras medidas del Gobierno Militar hayan buscado todas ellas un «enfriamiento» de la cultura agitada y desordenada que había resultado de la experiencia de la Unidad Popular. Se censuraron libros, se intervienen las universidades, se pone bajo tutela militar al sistema educacional, se prohíben obras de teatro y expresiones de arte, se aísla al país de sus contactos internacionales en el terreno de las ideas y se impone por todos lados un ánimo de «castigar y vigilar»³.

Si retenemos lo señalado arriba, desde la perspectiva de la reconstrucción del «horizonte de expectativa», en el cual aparece *Confieso que he vivido*, daremos cuenta que el texto no representa «cambio de horizonte» en relación a la textualidad anterior de poeta; por el contrario, es una síntesis de su producción poética. Pero sí notará el lector un fenómeno nuevo: lo que ha cambiado son las condiciones de lectura, son diferentes los referentes en el momento de su lectura. Debe tenerse en cuenta que la circulación del texto es prohibida por decreto de censura, por lo cual su lectura es clandestina.

Tal es la situación, que el lector realiza una lectura en condiciones de restricción y vigilancia del sentido. Las operaciones de lectura funcionan como estrategias de desvelamiento de una historia que es ocultada. «El gobierno militar, además de producir retraimiento comunicativo y de intervenir las redes de intercambio y constitución simbólica genera una acción de semantización del ámbito discursivo público. Esta resignificación de lo social se plantea a partir de la constitución de tres ejes fundamentales: un eje temporal (hoy vs. ayer), otro valórico (bien vs. mal) y un tercero social (orden vs. caos)»⁴.

La escenificación de estos «tres ejes fundamentales» correspondería a lo siguiente:

- Hoy: el régimen militar portador de un nuevo ordenamiento.
- Ayer: el quiebre constitucional, la tradición democrática (con sus aciertos y errores).
- Bien: entendido con la nueva historia que intenta refundar el modelo dictatorial.

³ Brunner, José Joaquín, *El espejo trizado* (Chile: FLACSO, 1988), p. 52.

⁴ Munizaga, Giselle, «El ámbito comunicativo chileno», Catálogo Muestra Chile Vive, Madrid, 1987, p.15.

- Mal: el pasado, los vicios de la democracia.
- Orden: las restricciones de las libertades públicas, la relegación del espacio público al privado.
- Caos: la valoración que hace el régimen militar, de la experiencia democrática de las últimas décadas (por la mayor participación social).

Es en este referente donde se debe contextualizar la recepción de *Confieso que he vivido*, por lo cual se entenderá la razón de la censura de su circulación, puesto que éste se transforma en un referente a esa historia que el nuevo régimen intenta negar.

Coherente con su acción el régimen militar, la represión lo lleva a todos los ámbitos de la vida del país, en lo que se refiere a la cultura. «La represión se vuelve un hecho cultural: la «cultura del miedo» es meramente la otra cara de una «cultura de la guerra interna». Esta última supone que el enemigo debe derrotarse no sólo por las armas, sino además (y principalmente) en el terreno «psicológico». Se combate al otro (al enemigo) en sus símbolos, su memoria, sus tradiciones, sus ideas: la guerra es guerra psicológica...»⁵

La restricción de *Confieso que he vivido* y la figura de Pablo Neruda, se incluyen dentro de este ámbito de «guerra ideológica», por lo que representa su poesía, su vinculación con la historia del país. Su itinerario creativo y público hacen referencia a una memoria que el régimen quiere clausurar.

La recuperación de una memoria

Tú lucharás para borrar la mancha
de estiércol sobre el mapa, tú nombrarás sin duda
para que la vergüenza de este tiempo termine
y se abran las prisiones del pueblo y se levanten
las olas de la victoria traicionada.
(Pablo Neruda, *Canto General*)

Conjuntamente con circunscribir «el horizonte de expectación» en la recepción de *Confieso que he vivido*, nos interesa abordar el efecto de lectura de este texto. Además la «reconstrucción del horizonte de expectación ante la cual fue creada y recibida una obra en el pasado permite, por otro lado, formular unas preguntas a las que el texto dio una respuesta y con ello deducir cómo pudo ver y entender la obra el lector»⁶.

La lectura de *Confieso que he vivido* es una experiencia marginal, clandestina, ante el nuevo ordenamiento impuesto por el régimen militar, que implica la proscripción de todos aquellos elementos culturales que aludan

⁵ Brunner, José Joaquín, op. cit., p. 106.

⁶ Jauss, Hans Robert, op. cit., p. 181.

o recuerden al antiguo régimen. El lector descubrirá una oposición entre la interpretación oficial de los sucesos que se comentan en él y por otra parte el texto tendrá el efecto de ayudarlo a recuperar una memoria que le es negada.

Este texto de Neruda enmarca su lectura en el ámbito en que «el arte reemplaza a lo político vedado al cohesionar a las identidades disgregadas por el quiebre de 1973 mediante la reafirmación de un pasado común y la recordación de sus valores negados. La destrucción del sujeto histórico que antecede la toma de poder genera la necesidad de reconstrucción de un «nosotros» como vector de identificación colectiva de los seres marginados. El arte es de los primeros en proporcionarle ese sustrato simbólico de identidad y representación, e irá ritualizando su poder de congregación a través del «acto» o del festival solidario (Ochisinius) como instancia de rescate de las expresiones de mayor arraigo popular: el teatro o la música, el folklore...»⁷

El texto *Confieso que he vivido* y la figura de Neruda se insertan en la experiencia del régimen militar, como una representación simbólica, de un tiempo, de valores, que son negados en las actuales circunstancias. Los grupos disidentes intentan resistir a la violencia de quiebre histórico y a la negación de sus símbolos, como una forma de mantener una memoria que los mantiene unidos recurren a la obra de Neruda por la inserción social que ésta posee dentro de su propio itinerario poético, la de ser una poesía que busca su identificación con la historia colectiva del país.

Neruda: El encuentro con el otro

Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.
A través de la tierra juntad todos
los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habladme toda esta larga noche
como si yo estuviera con vosotros anclados,
contadme todo, cadena a cadena
eslabón a eslabón, y paso a paso...

A modo de paréntesis, sumariamente interesa recapitular el proceso poético nerudiano de identificación con lo colectivo; para comprender la lectura realizada anteriormente. Esto es posible ya que su itinerario poético y público nos da cuenta de ello.

Para situar el encuentro con el otro en Neruda, necesariamente dejemos hacer referencia a *Canto General*. A partir de este texto se establece un «nuevo horizonte» en su textualidad, si bien éste se fue prefigurando en obras anteriores. El momento precedente es el de las Residencias y

⁷ Richard, Nelly, *Márgenes e instituciones* (Santiago: FLACSO, 1987).

también debe tenerse presente su experiencia personal en la guerra civil española (*España en el corazón*).

Neruda remira su etapa residenciaria en el apartado de *Canto General* titulado «Alturas de Macchu Picchu». Este se puede dividir en dos momentos. El primero (I-V) corresponde al momento en que el hablante recuerda el pasado reciente residenciario, como los días de soledad, donde predomina el tono angustiado y pesimista, con una visión de la naturaleza deshumanizada (en oposición al espacio fundacional del sur, en que el poeta se sienta unido a la naturaleza). La presencia de la muerte es un fantasma que acompaña la vivencia del dolor.

La segunda parte (VI-XII) se aleja del ambiente desolador de las residencias. En ella, ante la presencia de las ruinas de Macchu Picchu, el poeta penetra en la tierra y va al reencuentro con el hombre, desde la naturaleza. Con asombro se pregunta por el hombre que habitó este lugar (cruza los tiempos, relee el mito); descubre que también en este lugar existió el dolor, refunda la historia, la subjetividad del hablante se incorpora a la de todos los hombres; sintiéndose solidario y portavoz de una nueva historia.

Canto General inaugura una nueva fase textual, en la que se resumen vivencias y experiencias del poeta que lo llevan a un cambio en su escritura, motivado por los hechos históricos en que ha participado y el conocimiento de nuevos lugares. Por otra parte, es un punto de referencia clave para entender la proyección posterior de Neruda, como un intelectual comprometido con su tiempo y su pueblo.

A partir de *Canto General*, Neruda desarrolla una actividad en que su poesía es un elemento que ayuda a la toma de conciencia de una identidad nacional. Por ello no es casual que la cultura de la disidencia, que surge con la implantación del régimen militar, lo tome como un referente emblemático de una historia, de una tradición que ha sido clausurada y que se resiste a la imposición de los nuevos símbolos.

Alberto Madrid
Universidad Católica
Santiago (Chile)